

Bengt Jangfeldt

La idea de Rusia

Traducción de Irene Riaño de Hoz



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *Vi och dom. Bengt Jangfeldt om Ryssland som idé*

Publicado mediante acuerdo con Agentur Literatur Gudrun Hebel, Berlín, e International Editors' Co., Barcelona.

Diseño de colección: Estrada Design

Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Ilustración de cubierta: Soldados rusos desfilando ante el monumento «La Madre Patria». Volgogrado, 201. © AFP / Getty Images

Selección de imagen: Carlos Caranci Sáez

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© Bengt Jangfeldt, 2017

© de la traducción: Irene Riaño de Hoz, 2024

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2024

Calle Valentín Beato, 21

28037 Madrid

www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-1148-743-6

Depósito legal: M. 11.580-2024

Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

11	Prefacio
15	Uno
22	Dos
32	Tres
36	Cuatro
45	Cinco
57	Seis
60	Siete
67	Ocho
73	Nueve
84	Diez
87	Once
92	Doce
101	Trece
106	Catorce
112	Quince
116	Dieciséis
120	Diecisiete
125	Dieciocho
133	Diecinueve
135	Veinte
148	Veintiuno
151	Veintidós

Índice

- 156 Veintitrés
- 159 Veinticuatro
- 164 Veinticinco
- 167 Veintiséis
- 173 Veintisiete
- 178 Veintiocho
- 186 Veintinueve
- 193 Treinta
- 204 Treinta y uno
- 206 Treinta y dos
- 208 Treinta y tres

Apéndices

- 215 Gobernantes de Rusia desde el siglo XVII
hasta la actualidad
- 217 Bibliografía selecta
- 220 Fuentes en ruso
- 223 Índice onomástico

El pueblo ruso es un pueblo altamente polarizado, una unión de opuestos. Puede fascinarte o decepcionarte, siempre puedes esperar de él algo inesperado, es capaz de suscitar tanto un poderoso amor como un poderoso odio. Es un pueblo que causa preocupación a los pueblos de Occidente. [...] La contradicción y la complejidad del alma rusa pueden deberse a que en Rusia chocan e interaccionan dos vertientes de la historia mundial: Oriente y Occidente. El pueblo ruso no es completamente europeo ni completamente asiático. Rusia ocupa una gran porción de la Tierra, es un enorme Oriente-Occidente, une dos mundos. Por eso, en el alma rusa siempre ha habido un choque entre dos principios: el de Oriente y el de Occidente.

Nicolái Berdiáyev

No saque conclusiones equivocadas. No somos en absoluto como ustedes. Tan solo nos parecemos. Pero somos totalmente diferentes. Solo en lo exterior los rusos no nos diferenciamos de los estadounidenses. Por dentro, somos totalmente diferentes. Nuestros valores son totalmente diferentes.

Vladímir Putin al vicepresidente de EE.UU. Joe Biden (2011)

No se debe subestimar jamás el complejo de inferioridad de mis antiguos compatriotas.

Joseph Brodsky al autor de este ensayo

Prefacio

En mi primera charla sobre historia de Rusia en la Universidad de Estocolmo, mi frase de apertura fue: «Rusia no es como ningún otro país». Era el año 1971 y yo tenía 23 años. Desde entonces, las reflexiones acerca del recorrido histórico y la identidad de Rusia me han ocupado hasta el punto de que no me ha quedado más remedio que sentarme a escribir. El resultado es este ensayo.

Desde los tiempos de Pedro el Grande hasta Vladímir Putin, el problema de la relación de Rusia con Europa y los valores europeos ha ocupado y dividido a dirigentes, pensadores y las gentes del país. La contradicción entre quienes consideran que el único camino viable para Rusia pasa por un acercamiento a Occidente y los que defienden «la vía rusa» es un fenómeno recurrente en la historia del país.

Este mismo dualismo caracteriza también otro aspecto de la historia rusa: la relación entre los gobernantes y sus gentes. Históricamente, el único tipo de relación entre gober-

nantes y gobernados que ha conocido Rusia ha sido una relación vertical. Durante el período zarista, el poder político lo ejercía un zar dictatorial, un autócrata; durante la era soviética, un partido comunista dictatorial, dirigido por un secretario general; durante la era postsoviética, una élite político-económica poderosa y despiadada. La relación entre el poder y la *intelligentsia*, que desde comienzos del siglo XIX aparece reflejada en la expresión «el poeta y el zar», constituye una categoría subordinada dentro de esa relación. A diferencia de las democracias occidentales, en Rusia, salvo por cortos interludios, nunca han existido elementos que equilibren el poder, como libertad en los medios de comunicación, elecciones libres, un sistema legislativo independiente, etc.

En este ensayo abordo la cultura rusa (en el sentido amplio de la noción de cultura) como un fenómeno de carácter mayoritariamente dualista, dentro del cual lo que podemos denominar «la tercera vía» —que políticamente halla expresión en el liberalismo— no ha sido nunca una alternativa viable. Aunque estoy al tanto del peligro de tales generalizaciones, me siento a la vez profundamente convencido de la pertinencia de este modelo explicativo.

En lugar de un desarrollo histórico, en el que un estadio da paso a otro de una forma más o menos orgánica, la historia de Rusia se caracteriza por una sucesión de oleadas constantes de rebelión y estancamiento, opresión y deshielo, censura y apertura, reformas y contrarreformas. Una de las consecuencias de este esquema cíclico es que ideas que se formularon originalmente hace generaciones nunca llegan a tacharse de la agenda, sino que reaparecen periódicamente y reciben una atención renovada.

Una de tales ideas es la que afirma que Rusia constituye por sí misma una civilización autónoma, no solo diferente a la occidental, sino moralmente superior a ella. Esta idea se formuló hace casi 200 años, en los tiempos de Nicolás I. Tras el colapso de la Unión Soviética, y especialmente durante la era de Putin, ha reaparecido con tal fuerza que, con el apodo de «patriotismo», ha llegado a reemplazar al comunismo como ideología de Estado.

«La idea rusa», la llamó Dostoyevski. Esta es la idea sobre la que trata el presente ensayo.

Uno

No sé, querido amigo, si has sabido ya del registro con que he sido honrado. Todos mis papeles me han sido confiscados. Ahora solo me quedan mis pensamientos: los pobres pensamientos que fueron causa de esta acción extraordinaria. Por lo demás, no puedo sino aprobar la loable curiosidad que llevó a las autoridades a querer familiarizarse con mis escritos: espero de todo corazón que les sean de provecho.

Esta cita procede de una carta que podría haber sido escrita por Alekséi Navalni en 2017, por Aleksandr Solzhenitsyn en la década de 1970, por Andréi Siniavski o Joseph Brodski en la de 1960, por Ósip Mandelshtam (o casi cualquier otro escritor soviético) en la de 1930. Pero fue escrita en 1836 por el que suele considerarse el primer filósofo ruso: Piotr Chaadáyev (1794-1856).

El registro, que tuvo lugar el 29 de octubre de 1836 en la casa de Chaadáyev, en San Petersburgo, estuvo motivado

por la publicación de la primera de sus ocho *Cartas Filosóficas* en la revista *Telescopio*. La medida podría parecer exagerada, dado que el texto se publicó en francés y la revista contaba con no más de 800 suscriptores. ¿Qué ideas llevaron al gobierno ruso a intervenir de forma tan rápida e intransigente?

Los escritos de Piotr Chaadáyev giran en torno a dos temas principales: la filosofía de la religión y el camino histórico de Rusia. La carta publicada en *Telescopio* trataba sobre Rusia. El autor había querido publicar una de las cartas menos controvertidas, pero el editor y responsable de la publicación de la revista, Nikolái Nadezhdin, insistió en publicar la primera, aun siendo consciente del poder incendiario de su contenido.

El detonante de ese poder incendiario fue que Chaadáyev considerase que Rusia estaba fuera de la comunidad histórica universal. A diferencia de otros pueblos que han vivido épocas de «grandes sufrimientos, grandes emociones, grandes acciones», Rusia vive

atascada en su presente, sin pasado y sin futuro, en un estado de estancamiento —escribe Chaadáyev—. Nunca hemos pertenecido a ninguna de las grandes familias de la humanidad, ni a Occidente ni a Oriente, carecemos de las tradiciones de ambos. Es como si hubiéramos existido fuera del tiempo, como si la educación universal de la humanidad no hubiera pasado por nosotros.

Una consecuencia de esta exclusión histórica ha sido que «lo que en otros pueblos es un hábito, un instinto, nosotros tenemos que metérnoslo en la cabeza a la fuerza». Puesto

que Rusia es una cultura basada en préstamos e imitación, «no hay un desarrollo interno, un progreso natural; las ideas nuevas barren a las viejas porque no derivan de ellas, sino que se sacan de nadie sabe dónde».

Los pueblos son seres morales, igual que los individuos —continúa Chaadáyev—. Los siglos los van educando tal y como hacen los años con las personas. De nosotros podría decirse que somos una excepción entre los pueblos. Pertenece a esos pueblos que no parecen formar parte integral de la humanidad, sino que existen solo para ofrecerles a otros pueblos una lección importante.

Rusia solo ha tomado prestado «el exterior engañoso y el esplendor vacío» de cosas que otros pueblos han ideado, dice Chaadáyev.

En tales circunstancias, no es posible establecer un buen orden social. Según Chaadáyev, esto solo pudo lograrse en el Occidente católico, cuya tradición de debate teológico se extendió durante el Renacimiento a otras áreas del saber. Se fundaron universidades, se redescubrió la Antigüedad, y con ella, el Derecho romano, se desarrolló la filosofía, se intercambiaron ideas, se perfeccionaron argumentos. «Buscaron la verdad y encontraron [libertad y] prosperidad»¹, afirmaba Chaadáyev, que simpatizaba con el catolicismo aunque nunca llegara a convertirse.

La Iglesia ortodoxa rusa era diferente. Según Chaadáyev, era la Iglesia la culpable de que Rusia se hubiera quedado

1. Las palabras entre corchetes fueron eliminadas por el censor cuando el texto se publicó en *Telescopio*.

fuera del cauce dominante de la historia. El contexto era el siguiente: la Rus de Kiev, al adoptar el cristianismo en el año 988, lo hizo en su variante oriental (bizantina). En 1054 tuvo lugar la ruptura entre la Iglesia romana de Oriente y la Iglesia romana de Occidente. El cisma fue resultado de divergencias ideológicas en lo tocante tanto a la liturgia como a la doctrina. Los bizantinos querían, por ejemplo, que el pan de la comunión llevara levadura, mientras que la Iglesia de Occidente lo quería sin ella. Más relevancia tuvo el añadido *–filioque–* que introdujo la Iglesia de Occidente en el credo de Nicea en el año 325. Según la nueva fórmula, el Espíritu Santo pasó a provenir tanto del Padre como del Hijo, y no ya solo del Padre *–en latín, filioque significa ‘y el hijo’.*

La oposición de la Iglesia romana de Oriente a tal añadido se debió en parte a que este se había llevado a cabo de forma unilateral, sin una consulta, pero también fue una manifestación de la actitud, por lo general más conservadora, de esta Iglesia ante los dogmas del cristianismo. Además de estos desacuerdos en torno al dogma, el conflicto reveló también una diferencia de mentalidades. Mientras que el intelecto occidental buscaba respuestas con las que respaldar la validez del dogma *–¿de dónde venía realmente el Espíritu Santo?–*, la Iglesia de Oriente pensaba que esta no era una pregunta que el hombre debiera tratar de responder.

La del *filioque* era una cuestión de debate teológico, pero, debido al papel dominante de la Iglesia en Rusia, acabó por adquirir una mayor relevancia cultural. Lo que se instaló en la cultura rusa fue la idea de que existían diferencias fundamentales entre Oriente y Occidente. Con el tiempo, cobró fuerza en Rusia la creencia de que la Iglesia de Occidente

constituía una herejía y la civilización occidental había tomado un camino en su mayor parte equivocado.

Tras la caída de Bizancio ante los turcos en 1453, Moscú se convirtió en la sede central de la Iglesia ortodoxa. «Han caído dos Romas, pero la tercera está en pie y jamás habrá una cuarta», rezaban las palabras del monje ruso Filoteo de principios del siglo XVI. En la Iglesia oriental rusa, los servicios se desarrollaban en eslavo eclesiástico, y no en latín como en Occidente. De este modo, en Rusia se perdieron, para el clero y para la congregación, los lazos lingüísticos —el griego y el latín— mediante los que Europa occidental mantenía el contacto con la Antigüedad.

También en la Iglesia ortodoxa había debates teológicos, pero estos tenían que ver principalmente con problemas planteados por los primeros Padres de la Iglesia y no eran intercambios intelectuales como en Occidente. «Un destino funesto nos hizo volvernos hacia la corrupta Bizancio, profundamente despreciada por otros pueblos, en busca de un código moral del que nutrirnos», afirmó Chaadáyev. A diferencia de la Iglesia de Occidente, la Iglesia ortodoxa griega predicaba la sumisión, la piedad, el ascetismo y la abnegación —cualidades que no alentaban el pensamiento independiente—. Donde el catolicismo se mostraba progresista, la Iglesia ortodoxa era reaccionaria. Un ejemplo de ello era la institución de la servidumbre, ese «tumor canceroso» que estaba destruyendo Rusia y que contaba con la aprobación de la Iglesia.

La publicación de las *Cartas filosóficas* de Chaadáyev fue severamente castigada. «El contenido es un revuelto de sandeces descerebradas, propias de un loco», declaró el emperador Nicolás I. Esta fue la primera vez en la historia de Ru-

sia (pero en absoluto la última) que se declaró a alguien un enfermo mental por razones políticas. Chaadáyev fue puesto bajo «supervisión médica». Durante varios años, los médicos y la policía elaboraron informes acerca de su salud mental y jamás se le permitió volver a publicar. El editor también se metió en problemas: *Telescopio* fue prohibida y a Nadezhdin lo expulsaron de la capital.

El motivo de que las autoridades intervinieran de un modo tan radical fue que las ideas de Chaadáyev iban en contra de la ideología dominante en la Rusia de la década de 1830. La reacción no se hizo esperar. En una réplica directa a la afirmación de Chaadáyev de que Rusia vivía «atascada en su presente, sin pasado y sin futuro», el jefe del servicio de seguridad ruso, Aleksandr Benckendorff, declaró que «Rusia ha tenido un pasado digno de maravilla, su presente es más que magnífico y, por lo que respecta a su futuro, es más avanzado que cuanto pueda figurarse la imaginación más desbordada».

Si las *Cartas filosóficas* de Chaadáyev resonaron como un toque de advertencia en los oídos de las autoridades, para la emergente *intelligentsia* rusa funcionó como un despertador. Que uno pudiera, como había hecho Chaadáyev, ponerse a reflexionar sobre la historia con libertad y desde una postura controvertida era algo nuevo en Rusia, que era una cultura joven y sin tradición filosófica. En sus memorias, el filósofo y escritor Aleksandr Herzen describió las *Cartas* como «un disparo resonando en la noche oscura» que abrió los ojos a su generación ante la realidad de la situación de Rusia.

El Estado ruso tiene sus raíces en el siglo IX, pero el Estado al que Chaadáyev se enfrentó con su carta era un imperio autocrático, creado en su forma moderna por Pedro

el Grande (1672-1725) unos cien años antes. Pedro ocupa un puesto especial tanto en la historia como en la conciencia histórica de Rusia. Marca un punto de inflexión respecto al cual todos los ocupantes posteriores del trono ruso han tenido que posicionarse. La forma de entender la figura de Pedro el Grande y su obra también fue una cuestión clave en las conversaciones sobre la identidad nacional rusa que siguieron a la publicación de la carta de Chaadáyev. El filósofo Nikolái Berdiáyev formuló el problema de la siguiente manera:

¿Es el camino de Rusia el mismo que el de Europa occidental, esto es, el camino del progreso universal y la civilización universal, y es el único rasgo distintivo de Rusia su atraso, o tiene Rusia su propio camino y pertenece a un tipo de civilización diferente?

Dos

El papel central de Pedro el Grande en la historia de Rusia se debe a la enorme y trascendental reforma que se llevó a cabo durante su reinado. Cuando Pedro subió al trono a finales del siglo XVII, el desarrollo intelectual que Europa llevaba experimentando desde el Renacimiento no había tocado Rusia. Esto se debía en parte a que grandes áreas del país habían estado gobernadas por los mongoles durante doscientos años, hasta 1480, pero, principalmente, era fruto de su vinculación histórica con la Iglesia de Oriente. De los quince millones de habitantes del país, solo medio millón sabía leer y escribir; no había escuelas no religiosas, ni institutos, universidades o academias, ni científicos, ni literatura (¡cien años después de Shakespeare, cuatrocientos años después de Dante!), ni prácticamente ninguna clase de vida intelectual en general. Además, Rusia no producía nada que pudiera exportarse, a excepción de materias primas como mineral de hierro, lino, brea, madera, miel y pieles.

En otras palabras, Rusia era un país profundamente subdesarrollado, atrasado respecto a Europa occidental en casi todos los ámbitos: cultura, tecnología, administración, desarrollo militar y económico. Si observamos un mapa de Europa del siglo XVII, el país se nos muestra como un territorio casi desconocido, una *terra incognita*. Apenas hay lugares señalados; aparte de viajeros ocasionales, en su mayor parte representantes diplomáticos, nadie había estado allí. Una expresión del aislamiento espiritual y político de Rusia era la costumbre que el zar tenía de lavarse las manos cada vez que la estrechaba a un visitante extranjero para evitar contaminarse de ideas heréticas.

Aunque a lo largo de los siglos XV y XVI se había producido una cierta interacción con Occidente, solo tras la subida al trono de la dinastía Románov a principios del siglo XVII se puede hablar propiamente de una influencia occidental en Rusia. Lo que impulsó al Estado ruso a activar sus contactos con Occidente fue la necesidad de modernizar las fuerzas armadas. El objetivo era crear un ejército permanente, y para ello se procedió a importar armamento —cañones, rifles, barcos de guerra...—, así como ingenieros, instructores y soldados; durante la Guerra de los Treinta Años, se produjo un movimiento de grandes grupos de mercenarios por toda Europa, y muchos optaron por alistarse en Rusia.

Aunque Rusia también fabricaba herramientas de hierro para uso doméstico y militar, lo hacía en cantidad insuficiente y con una tecnología desfasada, por lo que se importaron grandes cantidades de mineral de hierro y especialistas extranjeros, sobre todo provenientes de Holanda. Los extranjeros también recibieron concesiones, y en 1632 un holandés fundó la que iba a ser una reputada industria dedicada

a la metalurgia del hierro en Tula. No tardaron en seguirlo profesionales de otras actividades, como albañiles, ingenieros hidráulicos, cristaleros, fabricantes de papel, relojeros y artistas.

La llegada de trabajadores e ideas desde el extranjero en el siglo XVII fue una señal que anunciaba la próxima ruptura del aislamiento ruso. Paralelamente, se hizo todo lo posible por reducir al mínimo las influencias religiosas e ideológicas externas. Por este motivo, a los extranjeros se les asignó su propia área residencial a las afueras de Moscú. Esta recibió el nombre de *Nemetskaya sloboda* ('el asentamiento alemán'), y los ciudadanos rusos de a pie tenían prohibido el acceso. En ruso moderno, *nemetskaya* significa 'alemán', pero en aquel entonces el término servía para designar a los extranjeros en general. De hecho, los alemanes no eran mayoría en el asentamiento, que estaba poblado principalmente por holandeses, ingleses y escoceses —estos últimos, en la mayoría de los casos, eran católicos que habían huido del gobierno puritano de Oliver Cromwell—.

El asentamiento alemán se desarrolló gradualmente hasta convertirse en una pequeña ciudad a la manera de Europa occidental, con calles ordenadas, casas de ladrillo de tres pisos al estilo holandés, jardines y plazas con fuentes. A finales de siglo vivían allí 3.000 personas, que constituían un 1,5 % de la población total de Moscú, de un total de 200.000 habitantes. Por sus calles circulaban vehículos elegantes fabricados en París y en Londres. Había tres iglesias luteranas y una calvinista; los católicos, sin embargo, se veían obligados a practicar su fe en casa.

Debido a su aislamiento respecto de la sociedad rusa que lo rodeaba, el asentamiento mantuvo las costumbres y tra-

diciones de Europa occidental. Como varios de sus habitantes mantenían correspondencia con sus países de origen, al asentamiento llegaba información procedente de Europa occidental. Las actividades teatrales y conciertos impulsaron la construcción de un teatro en un pueblo ruso cercano. Las obras las escribía el pastor de la iglesia alemana del asentamiento, Johann Gregorius. La primera, una tragicomedia basada en la historia bíblica de Ester, fue representada en 1672, y fue la primera producción teatral en la historia de Rusia. Todas ellas estaban basadas en temas bíblicos; habrían de pasar otros cien años para que comenzaran a escribirse y representarse en Rusia obras de temática mundana.

Durante la segunda mitad del siglo XVII, el asentamiento alemán fue un núcleo de cultura e ideas occidentales dentro de Rusia. Aunque su influencia no se extendió más allá de un reducido estrato de la alta sociedad rusa, ocupa un lugar importante en la historia. Entre quienes se vieron atraídos por la atmósfera de este enclave protestante estaba el futuro zar de Rusia, el joven Pedro, el cual, por motivos políticos y sociales, pasaba allí tanto tiempo como podía. Así fue como entró en contacto con un mundo radicalmente distinto de la estrechez intelectual y el dogmatismo religioso de la corte rusa, un mundo de costumbres libres, de apertura mental y de debate, cualidades todas ellas que a Pedro le resultaban atractivas.

Pedro forjó vínculos cercanos con algunos de los extranjeros, entre ellos, el escocés Gordon y el suizo Lefort, ambos soldados de alto rango en el ejército ruso. Gracias a ellos, pronto tomó conciencia del atraso de Rusia y de la importancia de una reforma. Con el fin de aprender más acerca del mundo fuera de Rusia, Pedro emprendió un *grand tour*